

“PSICOLOGÍA: DE LA PRETENSIÓN DE CIENTIFICIDAD A LA ACCIÓN TRANSFORMADORA”

“PSYCHOLOGY: FROM THE PRETENTION OF SCIENTIFICITY TO THE TRANSFORMING ACTION”

Investigadores: Andres Felipe Casadiego-Mesa¹ y Angie Stefany Borda-Montenegro²
Universidad Nacional de Colombia

CDID “Centro de Documentación, Investigación y Difusión de Psicología Científica”³
Universidad Católica “Ntra. Sra. De la Asunción”

Recibido: 5/08/2015

Aceptado: 20/09/2015

Resumen

En su devenir histórico, la disciplina psicológica ha adoptado criterios y métodos de corte fisicalista-positivista, con el objetivo de alcanzar su estatuto de científicidad. Sin embargo, dicho proceder ha ignorado la naturaleza del objeto de estudio de la psicología, que es ontológicamente distinto de aquel de la física y ha sido un obstáculo para que la disciplina contribuya a la transformación social de las condiciones de vida desfavorables de las comunidades. Por tal motivo, en este escrito se pretende hacer una reflexión acerca del aporte que pueden realizar enfoques como la Psicología Social Comunitaria y otros relacionados, que significan un avance en la comprensión de la realidad humana y en su transformación social, llevando al desarrollo de un cuerpo teórico y metodológico como la IAP, que permiten dar curso a esta pretensión de cambio del papel del psicólogo en la sociedad.

Palabras clave: Cientificidad, Círculo de Viena, Investigación Acción Participativa, Psicología Social Comunitaria.

¹ Correspondencia remitir a: A.Casadiego-Mesa, afcasadiegom@unal.edu.co Universidad Nacional de Colombia.

² Correspondencia remitir a: A. Borda-Montenegro, ps.bordam.a@gmail.com Universidad Nacional de Colombia.

³ Correspondencia remitir a: revistacientificaeureka@gmail.com o norma@tigo.com.py “Centro de Documentación, Investigación y Difusión de Psicología Científica”, FFCH-Universidad Católica de Asunción-Paraguay.

Abstract

Across its history, psychological discipline has adopted several criteria and methods from physics and positivism traditions, in order to reach its status as a science. However, by doing this, psychology has ignored the nature of its study object, ontologically different for that of physics, becoming an obstacle to the contribution that psychology can make in social transformation of communities and their unfavorable life conditions. For that reason, this text pretends to make a reflection of the contribution that can be made by approaches like Community Social Psychology and other related ones, that means an advance in the comprehension of human reality and its social transformation, leading to the development of theoretical and methodological approaches like Participatory Action Research, which allow to follow up the pretension of changing the psychologist role in society.

Keywords: Science Status, Viena Circle, Participatory Action Research, Community Social Psychology.

Al analizar el devenir histórico de la disciplina psicológica, se puede observar que desde su inicio, ésta ha tenido la pretensión de adquirir un estatuto de cientificidad, lo cual se sustentó en principio en los postulados erigidos por el Círculo de Viena. Este grupo suele ser considerado como la primera gran escuela de Epistemología y Teoría de la Ciencia (Echeverría, 1999), a partir de la cual se establecieron ciertos criterios que permitían diferenciar entre el conocimiento genuinamente científico y el pseudocientífico (Posada, 2006).

Desde esta perspectiva, el conocimiento científico debía fundamentarse en enunciados objetivos sobre los hechos del mundo, que fueran susceptibles de reducirse al lenguaje fisicalista, en tanto éste constituía el medio para llevar a cabo el programa de unificación de la ciencia, en el cual a partir de enunciados empíricos, preferentemente observacionales, se pudiera construir un cuerpo de conocimiento que diera cuenta del conjunto de fenómenos existentes en el mundo, inclusive los de naturaleza social (Echeverría, 1999).

A partir de entonces, diversos personajes como Carnap defendían la reducción de conceptos sociales, culturales e históricos a conceptos psíquicos individualistas, que en última instancia se fundamentarían en el lenguaje fisicalista (Echeverría, 1999). Algunos de los primeros intentos en psicología de desarrollar conocimiento científico, se basaron pues en la identificación de principios lógicos que regían la relación entre la psique individual y el mundo físico, teniendo como principales representantes a Wundt, Weber y Fechner (Gutiérrez, 1999), el primero reconocido por ser el fundador de la psicología al crear el primer laboratorio experimental en 1879 y los dos últimos por ser pioneros en la perspectiva psicofísica, en la cual se pueden observar las primeras aproximaciones a la utilización de un lenguaje fisicalista en la disciplina psicológica, a través de la Ley de Weber-Fechner que intentaba formalizar a través de fórmulas, la relación entre la intensidad de un estímulo y su sensación (Fontes & Fontes, 1994).

En este punto cabe resaltar que estos criterios de cientificidad establecidos desde el Círculo de Viena, determinaron de igual forma el método a través del cual se debe generar el conocimiento científico, siendo así indispensable la observación objetiva, el distanciamiento del investigador de su objeto de estudio, la verificación empírica de hipótesis generadas por el investigador y el desarrollo de enunciados sistemáticos que permitan predecir y controlar la realidad estudiada. Sin embargo, es en este punto en el cual se comienza a cuestionar el estatuto de cientificidad de la psicología, puesto que la naturaleza de su objeto de estudio dificulta la implementación de este método empirista.

En gran parte, la dificultad que ha tenido la psicología al momento de utilizar el método científico en el desarrollo de conocimiento acerca de su objeto de estudio, reside en un error categorial que surge de presuponer que dicho objeto de estudio posee las mismas características que el de otras disciplinas como la física (Posada, 2006). Desde ésta última, la realidad es un hecho independiente a la existencia del investigador, puesto que por ejemplo, el movimiento de una roca en caída libre es un hecho que ocurre existan o no los seres humanos, mientras que todo hecho psicológico, será necesariamente por su naturaleza, el producto de un acto humano.

Lo anterior hace referencia al carácter ontológico diferencial de los objetos de estudio. Ahora bien, sería necesario avanzar al plano epistemológico, para apreciar cómo se emiten enunciados acerca de dichos eventos que hacen parte de lo que se considera real para cada una de estas perspectivas. Por la naturaleza de los objetos de la física, parece viable en el desarrollo de conocimiento científico, que se haga uso del lenguaje para generar enunciados que tengan una relación de correspondencia directa con la realidad, por ejemplo las leyes físicas. Sin embargo, desde la psicología, todo enunciado que pretenda dar cuenta de la realidad de un evento en particular, sólo podrá constituirse como una verdad momentánea, debido a que por su naturaleza, dicho objeto de estudio se encuentra en constante cambio. A modo de ilustración, Gergen (1996) manifiesta que con respecto a las personas, los psicólogos:

Las describimos como inteligentes, cálidas o deprimidas mientras sus cuerpos están en estado de movimiento continuo. Sus acciones son proteicas, elásticas, siempre cambiantes y, con todo, nuestras descripciones siguen siendo estáticas y gélidas. ¿En qué sentido, pues, el lenguaje representa nuestras acciones? (p. 29)

Así pues, la pretensión del uso de un lenguaje fisicalista como fundamento del conocimiento científico en la disciplina psicológica resulta insuficiente, puesto que éstos enunciados se reducen a verdades momentáneas y además locales, ya que el comportamiento humano varía con respecto a las condiciones sociales, geográficas, culturales, económicas, políticas y hasta religiosas del contexto en que se desarrollan, puesto que a través de la interacción con otros, el ser humano genera diversos sistemas de significados que median la forma de comprender y relacionarse con el mundo (Blumer, 1982). De este modo se puede apreciar que ante una fuerza determinada, una piedra tendrá siempre la misma reacción, mientras que una persona, ante una misma situación, dependiendo de las condiciones en las que se encuentre podrá actuar de manera diferente cada vez.

Lo anterior, ha podido dar cuenta de cómo intentar asumir los criterios de cientificidad de la ciencia positivista empírica, conlleva a caer en un reduccionismo epistemológico que no permite comprender de forma integral los fenómenos humanos que son de interés para la psicología, puesto que dichos métodos ignoran la especificidad de este objeto de estudio.

Esto supone un problema no sólo por la visión restringida que se genera del objeto de interés de la disciplina psicológica, sino que además conlleva una serie de consecuencias sociales, algunas de las cuales se expondrán a continuación.

En primer lugar, debe reconocerse que la visión del mundo que tenemos como investigadores también está mediada por un sistema de creencias y valores que nos preexisten y que hemos interiorizado en nuestra relación con otros (Berger y Luckmann, 2001). Esto, sumado al hecho de que desde la perspectiva positivo-empirista se pretende generar conocimiento para la predicción y el control de la realidad, en ocasiones ha llevado a generar que la labor del psicólogo se convierta en una acción ideológica a través de la cual se legitimen condiciones de violencia, en tanto los planteamientos de la disciplina reproducen estos hechos de violencia y los justifican como naturales o inmutables, como por ejemplo muestra Raúl Porras (2011) respecto a las racionalizaciones ideológicas que efectúa la psicología en el contexto de guerra en Colombia.

Al respecto, también se puede apreciar que el psicólogo se ha configurado culturalmente como un agente de regulación social, en tanto posee la capacidad de determinar quién es normal o no, restringiendo de esta forma las posibilidades de acción de las personas y contribuyendo a la estigmatización y rechazo de la diferencia, en tanto supone una amenaza contra el orden imperante (Parker, 2010). Así pues, los planteamientos desarrollados desde la psicología se mezclan con el sentido común y se reproducen en las interacciones sociales como mecanismos de control social, puesto que brinda herramientas a las personas para justificar hechos de exclusión y violencia, como es el caso de las personas a las que se les asignan etiquetas como loco, neurótico y antisocial por el simple hecho de ser protestante, estudiante o actuar y pensar bajo criterios diferentes a lo definido como regular.

Relacionado con lo anterior, desde esta perspectiva se defiende el rol del investigador como alguien investido con el poder del conocimiento y con la capacidad de transformar la realidad social a partir de su práctica profesional. Este supuesto implica ignorar que, en el caso de la psicología, el objeto de estudio es un sujeto, es decir un agente activo que no es un simple receptor de las intervenciones del psicólogo, sino que posee poder de decisión, control sobre sí mismo y la capacidad para transformar sus condiciones de vida.

Este modo de representar al psicólogo socialmente, contribuye a que las personas le consideren como una especie de técnico, capaz de dar solución a las distintas problemáticas que les aquejan, llevando así a que las personas pierdan poder sobre sí mismas y sobre su capacidad para afrontar las situaciones problemáticas que se presentan en sus vidas, puesto que todo queda en manos del actuar directivo del profesional en psicología.

Por último, puede señalarse que esta forma de abordar la realidad social ha estado limitada a la producción de conocimiento dentro de una dinámica discursiva de producción de documentos académicos y conceptuales, ya que no le es permitido al profesional un involucramiento más a fondo con las personas con quien trabaja, lo que deja ver una de las principales falencias de la psicología contemporánea, la falta de un compromiso político en pro de la transformación social y de las condiciones de vida en las que se configuran los distintos escenarios de violencia y desigualdad social, puesto que el campo aplicado de la disciplina se ha visto restringido a escenarios tradicionales tales como el campo laboral o clínico, donde más que asumir la transformación comprometida como bandera, se asume la labor psicológica como un servicio, analizable bajo relaciones de oferta y demanda, dejando la psicología como un producto más del sistema mercantilista y colocando al psicólogo en el rol de prestador de un servicio, que por supuesto, supondría un contacto restringido con el «comprador» de lo que se ofrece.

Respecto a lo anterior, en la historia de las ciencias sociales que reconocen esta diferencia ontológica en los objetos de estudio, se han podido ver principalmente dos tendencias. La primera acepta la dificultad o incluso la imposibilidad de seguir un método científico con la objetividad propia de la perspectiva fisicalista, pero considera deseable acercarse a dicha rigurosidad, por lo que argumenta a favor de la necesidad de desarrollar métodos positivistas que puedan dar cuenta del universo social (Batthyány y Cabrera, 2011), lo cual puede observarse en las pretensiones de autores como Emile Durkheim (2001) quien aboga por la necesidad de un método en ciencias sociales que se diferencie del conocimiento del vulgo.

Por otra parte, se encuentra la perspectiva en la que se enmarcan distintos enfoques epistemológicos y disciplinares, que a pesar de sus diferencias, comparten la característica de negarse a adoptar o incluso rechazan abiertamente los supuestos fundamentales de la visión estándar de la ciencia por considerarla simplista e irreal en cuanto al abordaje de los fenómenos humanos y sociales, como la Hermenéutica y la Teoría Crítica. De hecho, algunas de estas perspectivas toman dicho rechazo como una postura ética a través de la cual intentan recuperar la sensibilidad hacia el sujeto, dejando atrás la concepción de éste como objeto de estudio (Marradi, Archenti y Piovani, 2007).

Una diferencia fundamental entre estas dos perspectivas, se ve reflejada en la posición que toman respecto al lenguaje y conocimiento cotidiano, es decir, al sentido común. Desde la primera perspectiva, dada la pretensión existente por fundamentar el conocimiento científico en el uso de postulados formales y acordes al discurso científicista, el sentido común es visto como algo negativo, que refleja una serie de naturalizaciones que perturban la capacidad de entendimiento de la realidad que puede tener el investigador, razón por la cual se hace necesario distanciarse de las preconcepciones que se tienen del mundo y romper con el lenguaje común (Batthyány y Cabrera, 2011). Este problema ha sido ampliamente discutido desde autores como Bordieu, Passeron y Chamboredon (1975), quienes afirman en su obra *El oficio del sociólogo*, que “la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo” (p.26), lo cual podría verse reflejado en las ciencias sociales en general.

Desde la segunda perspectiva, el investigador busca reducir al mínimo la separación entre la ciencia y la vida cotidiana, puesto que se considera que la mejor forma de comprender un fenómeno social, radica en observar dicho fenómeno a través de los marcos referenciales de significado en los que está construido. Esto implica a su vez, que el conocimiento que se pueda llegar a producir de aquella labor investigativa, posee un carácter contextual, ya que los enunciados que puedan llegar a generarse están estrechamente relacionados con la situación específica a la que hacen referencia (Marradi, Archenti y Piovani, 2007).

Esta diferencia resulta de radical importancia, puesto que determina el alcance que tiene el conocimiento generado por los investigadores de cada una de las perspectivas. Al estar estrechamente relacionado al contexto, el conocimiento generado a partir de los marcos de referencia de los sujetos estudiados, tendrá un carácter idiosincrático y en muchos casos meramente descriptivo que no pretende la formalización de principios causales en búsqueda de mecanismos de predicción y control, sino que aportan en la comprensión integral del fenómeno estudiado y los múltiples factores involucrados en él.

Otra diferencia que se deriva del contraste entre estas dos perspectivas, se encuentra en el rol que asume el investigador y la importancia que se le adjudican a los métodos e instrumentos de observación y análisis de la realidad. Desde la perspectiva que pretende el estatuto de científicidad, resulta de gran importancia la capacidad del investigador para hacer un correcto uso de los diversos métodos, técnicas y herramientas de estudio que le permitan generar una aproximación válida y confiable al objeto de estudio, así como también de distanciarse a sí mismo, sus disposiciones, creencias e historia personal por tratarse de factor interviniente en el estudio. En contraste, la otra perspectiva valora la experiencia del investigador, el conocimiento del contexto que pretende estudiar, la flexibilidad de su metodología, su creatividad e intuición, así como su capacidad para adoptar el punto de vista de la población de estudio (Marradi, Archenti y Piovani, 2007).

Sin embargo, si bien estos enfoques alternativos rescatan el contacto directo con los sujetos con quienes se trabajan y la necesidad de comprender sus marcos de referencia como una condición necesaria para comprender los fenómenos de interés, explicitan que no debe caerse en el error de volverse nativo, ya que esto se ve como una pérdida para la comunidad científica, puesto que el conocimiento generado a partir de la investigación se puede volver banal o anecdótico (Marradi, Archenti y Piovani, 2007).

Esta afirmación debe ser analizada cuidadosamente, puesto que es necesario considerar que en contextos como el latinoamericano, las condiciones sociales, culturales, políticas y económicas, requieren en muchas ocasiones que el científico social reflexione acerca del compromiso de su quehacer profesional, es decir, de si este debe responder a los intereses de la comunidad científica o si por el contrario, debe dirigirse a los grupos,

comunidades y poblaciones con las que trabaja, como parte de una postura ética que contribuya al cambio social y a la transformación de las condiciones de violencia y desigualdad que se presentan en dichos escenarios en los que el mismo investigador se encuentra inmerso y que en muchos casos demanda este compromiso activo del profesional.

Algunos de estos casos en los que el contexto demanda la intervención del científico social, se pueden apreciar claramente en: Brasil (Quintanal de Freitas, 1996), Bolivia (Mendoza y Zerda, 2011), Chile (Krause, Jaramillo y Monrreal, 2011), El Salvador (Martín Baró, Blanco y De la Corte, 2003), entre otros, en donde las perspectivas conceptuales y metodológicas comprometidas con el cambio social se agrupan principalmente en tres enfoques: la educación popular de Paulo Freire, la Psicología de la Liberación y la Psicología Social Comunitaria.

Estas perspectivas rompen con la pretensión de generar conocimiento científico a partir de la adopción de los métodos y criterios de las ciencias positivistas-empiristas, y generan alternativas comprometidas con la transformación social, que parten del reconocimiento del objeto de estudio de la psicología como ontológicamente distinto de aquel de la física, lo cual se evidencia, por ejemplo, en la importancia que otorgan a los factores contextuales, culturales e históricos para la comprensión de los fenómenos sociales, así como en el reconocimiento de éstos fenómenos como procesos dinámicos en constante transformación, que impiden establecer verdades generales y universales sobre los componentes psicológicos y psicosociales que estudian.

Por ejemplo, en el caso de la educación popular, el contexto social en el que nació y creció Paulo Freire, influyó directamente en el pensamiento que tenía sobre la educación y su papel en el mejoramiento de las condiciones de vida de las masas populares. Esta corriente educativa se fundamenta pues, en una serie de principios ético-políticos que apuestan a la construcción de relaciones humanas equitativas y justas en los distintos ámbitos de la vida, a través principalmente del proceso de “concientización del efecto negativo de una educación bancaria y domesticadora” (Jara, 2010. p. 5)

Uno de los aspectos más importantes a destacar dentro de esta perspectiva, es que dichos programas educativos parten de la realidad de los participantes, de su situación sociohistórica concreta en la que se intenta generar una toma de conciencia de la relación que se tiene con el mundo, en función de una determinada ubicación económica y social, desde la cual se procede a través de metodologías grupales, cooperativas, organizadas y democráticas, en las que existe una relación pedagógica horizontal que busca llevar al desarrollo de acciones de autoaprendizaje, autodisciplina, autoevaluación y autogestión de las comunidades oprimidas (García Huidobro, 1980, p. 8, citado en Jara, 2010). Del mismo modo, resulta importante resaltar el papel que adquiere la persona dentro de este enfoque de pedagogía problematizadora, ya que a partir del proceso de desmitificación de la realidad a través del diálogo, se permite el intercambio de conocimiento de forma bidireccional entre el psicólogo y la comunidad, contrario a la perspectiva de la educación bancaria en la que prima la individualización en el aprendizaje y la persona se asume como un ser pasivo cuyo principal función es la recepción del conocimiento impartido por el maestro (Ocampo López, 2008).

Por otra parte, Ignacio Martín- Baró teniendo una gran influencia de Paulo Freire y Orlando Fals Borda, abrió el camino para una nueva comprensión de la psicología, este nuevo camino fue propuesto como una “respuesta a una creciente insatisfacción ante las acciones e inacciones de una disciplina alejada de las necesidades de las mayorías de nuestro continente” (Dobles, I., 2009). Y es en éste último punto que Martín-Baró hace énfasis, ya que su lucha en El Salvador fue un intento de observar el fenómeno que ocurría en el país no desde la posición clásica del observador objetivo, sino que se permitió un involucramiento con las personas y el conflicto. Así que su trabajo, empezó marcando diferencia al dar paso a una psicología que surgiera a partir de las necesidades propias de Latinoamérica – intentando comprenderlas- , desplazando así la recurrente aplicación de modelos extranjeros.

Lo anterior, retrata a grandes rasgos su método de trabajo que lo hizo definirse como “Un psicólogo social, salvadoreño, centrado en los problemas de El Salvador, desde una perspectiva y un abordaje psicosocial, cuyo esfuerzo ha sido no solamente tratar de entender estos problemas psicosocialmente, sino teorizar un poco y lograr replantear estos modelos, estas mini teorías, en un enfoque más abarcador.” (Martín- Baró, I., 1989 citado en Dobles, I., 2009).

Su esfuerzo por abrir esta nueva ruta no fue en vano, ya que actualmente la Psicología de la liberación – como es llamado su enfoque- sigue vigente y convoca a muchos psicólogos que pretenden continuar con su legado en Latinoamérica.

Así pues, no podemos olvidar que este devenir histórico ha generado la aparición de perspectivas más comprometidas con las comunidades en su labor psicológica, como es el caso de la Psicología Social comunitaria, de la cual puede decirse que tiene como uno de sus principales objetivos contribuir a la emancipación de sectores oprimidos, propiciando cambios psicosociales a distintas escalas, que lleven a la adquisición o reforzamiento de las competencias de las comunidades que les permiten ejercer su ciudadanía en condiciones de justicia y equidad (Wiesenfeld, 2014) y que adopta y desarrolla metodologías de generación de conocimiento en las que además se vincula la acción transformadora, como lo es la Investigación Acción Participativa. En esta, se puede apreciar cómo se avanza en la superación de varias de las problemáticas generadas a partir de la adopción del método positivista-empirista, al reconocer como factor necesario e incluso deseable, la inserción del investigador en la comunidad a estudiar, abandonando así la pretensión de objetividad, neutralidad y distanciamiento del objeto de estudio, puesto que implica en cierta forma un posicionamiento ideológico admitido abiertamente, ya que parte de un deseo social al que se pone al servicio las herramientas metodológicas y conceptuales del investigador para el desarrollo de diversos proyectos (Laurenço, Roig y Sanz, 2008).

También se asume como parte fundamental la inclusión de la comunidad y la gestión de sus recursos como un pilar del proceso, que de este modo deja de ser directivo, para moverse a una perspectiva de trabajo en conjunto con la comunidad, reconociendo así a las personas como agentes activos en la transformación de sus condiciones de vida (Contreras, 2002).

Esta relación entre el investigador y la comunidad, supone a su vez que existe un continuo intercambio de saberes y afectos entre el psicólogo y la persona, lo cual contribuye a borrar aquellos límites en la relación, que imponen a uno como experto sobre el otro, ya que cada quien aporta al proceso de transformación desde sus capacidades y recursos, lo cual hace replantearse si el ser humano sería un «objeto» de estudio, además de que en este

intercambio de saberes, se genera una de las mayores riquezas de la IAP, conseguir que las comunidades aprendan y se autogestionen a través de procesos participativos, mediante los cuales pueden adquirir herramientas valiosas para su desarrollo y el empoderamiento sociopolítico en búsqueda de mejores condiciones de vida (Contreras, 2002).

Así pues, si bien en un principio el movimiento de cambio pueda surgir del investigador como catalizador de las transformaciones sociales, el objetivo de la IAP es que sea la comunidad quien dirija el cambio y controle la agenda del mismo, convirtiéndose así en gestora de su propia transformación e incluso adquiriendo los recursos necesarios para investigarse a sí misma. Esto constituye el proceso de humanización expuesto por Freire (1970, citado en Balcázar, 2003), que ocurre cuando el individuo se empieza a liberar gradualmente de todas las fuerzas sociales y experiencias previas que lo convirtieron en objeto y que no le permitían realizar su potencial humano.

Además, cabe resaltar que la IAP, al asumir una posición política en cuanto al trabajo con las comunidades, da luces acerca de cómo apoyar una transformación, partiendo de los recursos que tiene la comunidad, ya que plantea que al promover la autogestión de las comunidades, se puede lograr un mayor acceso a voz y voto en decisiones políticas, desde gobiernos locales a nacionales, que pudiesen permitir en un futuro, un mejoramiento de la calidad de vida de las comunidades a nivel macro.

Estas perspectivas a su vez son un ejemplo de una aproximación a lo que podría considerarse como una psicología deseable para América Latina, debido principalmente al hecho de que, como se ha intentado hacer énfasis en este escrito, comprenden que por su naturaleza, el objeto de estudio de la disciplina debe ser reconceptualizado para darle cabida al sujeto y a múltiples dimensiones de la realidad social que hacen parte de la realidad que se pretende conocer o transformar, al mismo tiempo que se cuestiona la forma en la que el científico social contribuye a mantener, legitimar, contribuir o salvaguardar condiciones que facilitan o hacen posible la existencia de problemas sociales como la exclusión, desigualdad, pobreza, etc. tal como se cuestionaba incluso desde la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt (Paredes, 2007)

Por último, a modo de conclusión, quisiéramos señalar que como se pudo apreciar, la psicología no constituye un saber homogéneo, lo cual, además de permitirle múltiples discusiones entre los enfoques, generando conocimiento, logra que temas que antes no pertenecían al catálogo de saberes de un psicólogo, tales como el trabajo con las comunidades, ahora sean el camino a través del cual la psicología avanza hacia un desprendimiento del carácter aséptico de la filosofía científica, aproximándose más a la revaloración de lo que se considera objeto de estudio y permitiéndole a las personas, reconocer a la psicología como una disciplina que no sólo se resume a ser una herramienta de control social, sino que es una herramienta disponible para todos, que puede ser facilitadora del cambio social partiendo de niveles micro con alcances macro.

De este modo, se hace necesaria la reflexión constante de lo que entendemos por objeto de estudio de nuestra disciplina, teniendo en cuenta que éste es incluso heterogéneo entre las distintas perspectivas existentes en psicología, para a partir de sus características particulares, generar métodos y formas de abordarlo acordes a su naturaleza ontológica.

Al hacer esto, el psicólogo podrá determinar el rumbo que desea tomar, bien sea continuando con tradiciones hegemónicas en busca del estatuto de científicidad o apostar por un cambio social que apunte a transformar estructuras que mantienen problemáticas como la desigualdad social, y postular a la disciplina como un facilitador de procesos que trasladen el poder del conocimiento de los científicos a todos los seres humanos, posibilitando una traducción a un lenguaje común que pueda ser entendido y aplicado para el mejoramiento de la calidad de vida y el estrechamiento de lazos sociales desde las poblaciones marginadas hasta las que se presume que no lo son.

Referencias

- Balcázar, F. E. (2003). Investigación acción participativa (iap): Aspectos conceptuales y dificultades de implementación. *Fundamentos en Humanidades*, IV(7-8) 59-77.
- Batthyány, K. & Cabrera, M. (Coord). *Metodología de la investigación en ciencias sociales: apuntes para un curso inicial*. Montevideo: Universidad de la República.

- Berger, P., & Luckmann, T. (2001). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Blumer, H. (1982). *Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y Método*. Barcelona: Hora S.A.
- Bourdieu, P., Passeron, J. C y Chamboredon, J. C. (1975). *El oficio del sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Contreras, R. La investigación acción participativa (IAP): revisando sus metodologías y sus potencialidades En Durston, J & Miranda, F. (2002). *Experiencias y metodología de la investigación participativa*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Dobles, I.(2009) Ignacio Martín Baró y psicología de la liberación: un desafío vigente. *Cátedra libre Martín-Baró*. 1-30
- Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método sociológico*. México: Fondo de cultura económica
- Echeverría, J. (1999). *Introducción a la metodología de la ciencia: la filosofía de la ciencia en el siglo XX*. Madrid: Teorema.
- Fontes, S., & Fontes, A. (1994). Consideraciones teóricas sobre las leyes psicofísicas, 47(4), 391–395.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximación a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gutiérrez, G. (1999). Psicología experimental en la Universidad Nacional: Reseña histórica. *Revista Colombiana de Psicología*, 71–79.
- Jara, O. (2010). Educación Popular y cambio social en América Latina. *Community Development Journal*, 45(3), 1-11.
- Krause, M., Jaramillo, A., & Monreal, V. (2011). Historias de la psicología comunitaria en Chile: desde la clandestinidad a la política pública. En M. Montero, & I. Serrano García, *Historias de la psicología comunitaria en América Latina* (págs. 115-138). Buenos Aires: Paidós.
- Laurenço, A., Roig, G. L y Sanz, A. S. (2008). La investigación acción participativa como herramienta de intervención social para el sociólogo: de la universidad a la calle
- Marradi, A., Archenti, N. & Piovani, J. I. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé Editores
- Martín Baró, I., Blanco, A., & De la Corte, L. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trota.

- Mendoza Pizarro, Javier y Zerda Cáceres, Mercedes, “Psicología comunitaria en Bolivia” en Montero, Maritza y Serrano García, Irma, en *Historias de la psicología comunitaria en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2011, 65-90
- Ocampo López, J. (2008). Paulo Freire y la pedagogía del oprimido. *Historia de la educación latinoamericana*(10), 57-72.
- Paredes, G. (2007). Críticas epistemológicas y metodológicas a la concepción positivista en las Ciencias Sociales. *Academia*, VI(12), 24-42
- Parker, I. (2010). *La psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- Porras Velázquez, N. R. (2011). Lo ideológico en la psicología social y en la guerra en Colombia. *Revista de Psicología GEPU*, 2(2), 138-157.
- Posada, J. G. (2006). La subjetividad en las ciencias sociales, una cuestión ontológica y no epistemológica. *Cinta de Moebio, Universidad de Chile, Marzo*(25).
- Quintanal de Freitas, M. d. (1996). Psicología na comunidade, psicología da comunidade e psicología (social) comunitaria - Práticas da psicología em comunidade nas décadas de 1960 a 1990, o Brasil. En R. H. De Freitas Campos, *Psicología social comunitaria. Da solidariedade á autonomia*. (págs. 44-65). Brasil: Vozes.
- Wiesenfeld. (2014). La Psicología Social Comunitaria en América Latina: ¿Consolidación o Crisis? *Psicoperspectivas: Individuo y Sociedad*, 13(2), 6-18.